

El décimo para un minián.

Ida Fink

Primero llegó Jaim el carpintero. Llegó a la tarde del río y de los bosques, nadie sabía de dónde y de quién. La gente que lo vió caminar por la orilla del río, no lo reconoció inmediatamente. ¿Cómo lo podían reconocer? Anteriormente había sido un individuo de grandes dimensiones, con amplios hombros, actualmente se había achicado, su ropa de andrajos y esencialmente – le faltaban las facciones. Jaim el carpintero no tiene por lo general facciones. Su cara se cubrió de una vegetación abundante, una maraña enroscada y negra. No se sabe cómo descifraron que él era la persona. Lo miraban desde lo alto, desde la altura que está al lado del río, cómo caminaba con un paso pesado y cómo al acercarse a las primeras casas de la ciudad, se paró y comenzó a cantar. Estaban seguros que se había enloquecido, hasta que uno entendió que no es una canción sino una oración judía, esa melodía triste que a veces irrumpía en las noches del sábado de la sinagoga que había sido construída hace cien años y que ahora había sido quemada por los alemanes. La sinagoga estaba ubicada en la zona baja de la ciudad. Esa zona era solo judía en el pasado y en la época de los alemanes, pero nadie sabía cuál iba a ser su destino, por no haber más judíos. Jaim el carpintero fue el primero en llegar.

La aldea estaba cubierta por una neblina sofocante del incendio que había sido extinguido, en el aire había un mal olor a quemado, una bruma gris revoloteaba sobre el mercado que había sido quemado por los alemanes. A la tarde, cuando se corrió el rumor, mucha gente se congregó frente a la casa de Jaim. Algunos venían a saludar, algunos a dar un vistazo, y otros para esclarecer si es verdad que alguien sobrevivió.

El carpintero se sentó en las escalinatas frente a su casa, su puerta había sido cerrada con clavos. Él no contestaba a los saludos y a las bendiciones. Después contaron que dentro de la maraña del pelo sobre su cara, centelleaban unos ojos carentes de enfoque, como los de un ciego. Estaba sentado y miraba sin ver a nadie. Una de las mujeres puso

delante de él una fuente con papas y al otro día, a la mañana, la sacó sin que él la haya tocado.

Después de cuatro días volvió el segundo. Era el inquilino de la estancia cercana que sobrevivió gracias a la ayuda del que dirigía su estancia. El que lo salvo trajo al inquilino en una carreta a la luz del día. El judío viejo, medio recostado, se sostenía gracias a un atado de paja. Su cara, a diferencia de la cara del carpintero, estaba blanca como la cal, y ésto no podía ser entendido por las personas, pues pensaban que esa persona había vivido durante muchos días al aire libre.

Al bajar de la carreta, el inquilino se tambaleó y se cayó sobre el suelo, cosa que se podía entender como debilidad, pero era por su exaltación. Se podía suponer que al besar el umbral de su casa, daba gracias a su Dios por salvarlo. El hombre que lo salvo lo ayudó a levantarse, y apoyado en su brazo lo trajo hasta la entrada de la casa.

Durante una semana no volvió nadie. La aldea esperaba con expectativa, la gente hacía suposiciones y calculos.

El mal olor se alejaba por el viento, los días posteriores serían muy claros, y la primavera se confundió por una primavera temprana de libertad. Los árboles sacaban retoños. La cigüeñas llegaban volando.

Después de tres días llegaron tres: el vendedor de telas y dos vendedores de granos. La llegada del vendedor de telas no coincidió con las conjeturas y los calculos, pues se sabía sin ninguna duda que el hombre había sido llevado a un lugar del cual no se vuelve. Se lo vía como antes de la guerra, hasta había engordado un poco. Cuando se le preguntó, contestó con paciencia y con una sonrisa, que saltó del tren que lo llevaba a Belzetz y se escondió en una aldea. En qué aldea y en lo de quién – no quiso revelar. Sobre su cara se veía la sonrisa de antes de la guerra como detrás de un velo, esa sonrisa que tenía cuando estaba parado detrás del mostrador y vendía telas de seda y algodón. Esa sonrisa no desapareció de su cara asombrando a los que lo veían, porque de su familia no había quedado nadie vivo.

Los vendedores de granos durmieron tres días enteros en un sueño profundo. Estaban en cuclillas sobre el suelo al lado de las puertas que no estaban cerradas. Parecía que el sueño los atrapó en el momento que pasaron el umbral de la puerta. Sus zapatos y sus muslos estaban cubiertos de lodo seco y sus caras estaban hinchadas. Los vecinos escucharon que gritaban en su sueño.

Los vendedores estaban durmiendo todavía, cuando volvió la primera mujer, a la que nadie pudo reconocer. Solo cuando se acercó corriendo a la casa del maestro y comenzó a llorar un llanto amargo, entendieron que era su mujer, entendieron, pero no la reconocieron, porque tenía puesto un perfecto disfraz de mendiga. Ella pedía limosna al lado de las iglesias, vagabundó en los mercados y leía la palma de las manos prediciendo el futuro. Ése era su refugio. A través de su mantón de cuadros, se veían unos ojos cansados de aldeana. Le preguntaban con asombro: ¿Es usted, señora? Soy yo – contestaba con una voz confusa y desteñida. Solo la voz había quedado como era antes.

Si, ellos eran seis. Los días pasaron rápidamente, los jardines se cubrieron de verde. Cautelosamente, la gente decía que esperaban que el frente se mueva. Hacía tiempo que el frente se había parado, y el silencio daba presagios de combate. Pero, también cuando el combate y el frente cambiaron de lugar haciendo un enorme salto hacia el oeste, volvieron solo unos pocos.

Una carreta trajo al médico que había estado nueve meses dentro de un pozo que había sido cavado por una paciente de él, una aldeana, y ahora le era muy difícil estar parado sobre sus piernas. De un refugio del bosque volvió el tenedor de cuentas con su hijo y el peluquero con su esposa. El peluquero, que tenía un machón de pelo rojo, volvió pelado totalmente.

Al atardecer, el vendedor de telas salía de su casa y caminaba hacia la estación del tren. Mi mujer vuelve hoy – le explicaba a los que le preguntaban. Los trenes no se apresuraban a llegar.

El inquilino de la estancia, un judío devoto, solía pararse frente a la ventana esperando el décimo para el minión – solo entonces podrían

efectuar sobre las ruinas de la sinagoga, la oración en recordación de los asesinados.

Los días pasaron uno detrás del otro, fragantes, claros. El movimiento de los trenes se reanudó. La gente de la aldea dejó de hacer especulaciones y cálculos. La cara de cal del inquilino llegaba a la ventana no tan frecuentemente. Solo el vendedor de telas no dejó de ir a la estación del tren. Él se paraba allí, esperaba con paciencia y con una sonrisa en su cara. Ya nadie se fijaba en él.